

1492-1992. De la «duda indiana» a la «angustia latinoamericana»

José Manuel Pérez-Prendes
y Muñoz-Arraco *

Lo «humano»; la «duda» y la «angustia»

ESCRIBIR sobre los treinta últimos años de América Latina es instalarse en la angustia. Sabemos que toda consideración de lo humano será siempre subjetiva en algún grado. Lo impone la humanidad compartida entre *el* que estudia y *lo* que es estudiado y puede añadirse que tal subjetividad engendra a veces duras desazones en aquel que considera. Suele entonces, para tranquilizar el ánimo, advertirse que ese sentimiento, pese a ser real en quien lo padece, pudiera resultar infundado en sus causas. Así, en cualquier angustia, la única cer-

* Catedrático Historia del Derecho. Universidad Complutense Madrid.

teza se limita al estado de ánimo del observador y subsiste la duda acerca de su fundamento final. Otro investigador del mismo tema, ¿sufriría idéntica percepción?

En estas condiciones ayuda recordar el consejo metodológico de Max Weber, que excluye como instrumento de trabajo el *análisis*, para recomendar la *comprensión*. Poseemos así conciencia real de nuestras posibilidades.

Pero el abigarrado hecho latinoamericano no es sólo sustancia humana, con todos esos problemas para ser comprendida, sino sustancia estremeada, donde la contradicción es esencia y no zarza añadida.

Nuestros antepasados sufrieron lo que se llamó «duda indiana», la certeza de la injusticia en la invasión y conquista de América, aunque *post factum* se la atase con las bellas cintas de las buenas intenciones y los mejores efectos. Nosotros padecemos hoy lo definible como «angustia latinoamericana», nacida al cruzar el umbral de su conocimiento, paso análogo al de la puerta del infierno, donde como Dante, leemos que debemos abandonar toda esperanza de hacer infundada, al menos en sus causas, esa plenitud angustiosa.

La conmemoración del V Centenario

UN primer y fácil camino de salida debe ser descartado por erróneo. La apelación al maniqueísmo coyuntural que contrapone la carga de retórica general más las cuestionabilidades particulares, que se advierten a primera vista en las conmemoraciones del V Centenario, con las realidades a diario opresoras, ensangrentadas, empobrecidas, siempre estériles para la inteligencia y fecundas en repugnancia, que asoman en tantos paisajes urbanos y rurales del nuevo continente.

No todo lo ejecutado bajo la invocación del V Centenario es rechazable, mucho es indiscutible y algo es aceptable, hasta en lo lúdico, que también transmite cultura y ya es válido desde que comunica. Quedarán de esos empeños ciertos libros, un mayor conocimiento recíproco y quizá poco de la creación estética mecénada, aunque para todo juicio convenga esperar las deseables tesis doctorales que, al filo del año 2012 empezarán a considerar con credibilidad lo acometido en 1992.

Después del 1992

PERSONALMENTE yo me uno a Michael V. Gannon, cuando reclama la prolongación hasta el 2002 (amparada en la longitud decenal de los viajes colombinos, 1492-1502) de un esfuerzo de erudición histórica, arqueológica, archivista, expositiva, cultural en cualquier dimensión, para lograr un legado duradero por varias generaciones.

Pero antes aún, reclamo regar la geografía latinoamericana con escuelas y con libros reescritos para una infancia que necesita, si ha de llegar a ser libre, que los nacionalismos dejen de encubrir la horrible y bella cara verdadera de su historia mestiza. ¡Tanto aterra reconocer que toda historia sin mestizaje se llama autocomplacencia!

Preguntas esenciales

UNA historia que permita indagar, con el escalpelo, implacable y benéfico, el período colonial español en el Nuevo Mundo, otros temas cuyas heridas no curará el silencio. Cuestiones como el componente de guerras de clase en las que llaman de independencia; el calado y los límites de la libertad que incorporaron los libertadores. Y que, desinfectando las llagas, la fusión de la historia y el presente nos revele la gran realidad de qué y quién es hoy verdaderamente independiente en América Latina. De hasta dónde lo son, países, personas, ideas...

Una historia que facilite juzgar qué perduración merecen las fronteras. Las nacidas como las de la guerra de 1846-1848 entre USA y México, resumida por los vencedores en «objetivos» libros de historia, con el bucólico y siniestro epígrafe «gloria y conquista». O las que imponen al indio, que no puede dejar de ser mapuche, yanomamo o apache, la bola encadenada de una nacionalidad ni gestada ni cohabitada por su stirpe, cuando necesita alegar los derechos fundamentales que todo humano engendra. Fuera del recuerdo afectivo adscrito a la infancia ¿qué es cualquier nacionalidad, sino instrumento?

Quizá la mayor y última clave de la «angustia latinoamericana» se nos

aparece al percibir la presencia del niño; sí analfabeto, alejado de la conciencia de estas dudas, pero perceptor de una cultura sin oxígeno, pero «conveniente»... Sin futuro, siempre.

América Latina

EL miedo a la historia conduce al miedo al nombre.

Todavía en España hay algo que rechina cuando se escribe o se dice América Latina. Pero España misma es latina desde Vespasiano. Fue tomada, como observó Marguerite Yourcenar, desde su lado izquierdo. Le quedaba a ese lado el Lacio y ella será el Lacio de América, absorbiéndola, incorporándosela por ese mismo costado izquierdo. ¿Cómo podría renegar para sí de la latinidad? ¿Cómo podría no identificarse en ella con su linaje? ¿No rechazaría también parentescos vertebradores del espacio, desde Quebec a Buenos Aires?

Esta categoría, tan acerbamente negada por algunos, delimita lo ajeno y aglutina lo afín. Señala las fronteras de Anglolandia y hermana a colonizadores de la Edad Moderna con emigrantes mediterráneos de los siglos XIX y XX. Aquí conviene evocar la analogía con un razonamiento aplicado por Mair J. Bernardete. Si el *sefardí*, pensaba, es el *español* entre los hebreos, serán *neosefardíes* quienes reciban su hispanidad por vía americana, pero no estrictamente española. Nos enseñó que algo viejo y común tenían todos esos judíos, pero algo nuevo distinguía a un sector. Aceptemos pues la latinidad como un círculo mayor y vetusto que reúne a ciertos europeos con ciertos americanos y veamos a Iberoamérica, a Hispanoamérica, a la América francesa como otros círculos internos en el primero. Como nuevas vías que dan su acceso a distintos americanos a la latinidad matriz. Huyamos de la trampa de negarnos a llamar latina a una parte de América, extirpando así una raíz de nuestro propio tronco. Mientras no se cierre tan estéril resistencia, discutiremos sobre nuestro nombre, sin percibir que todo lo que discutimos nos es, en alguna medida, inseguro y se nos perderá hoy o mañana. Favorece ese debate al otro lado americano, no el latino, sino el anglófono, donde los USA se presentan como *América*, hasta en la música, sin mayor precisión, y los norteamericanos, se dicen *americanos* sin otro matiz.

Falsos caminos

OTROS falsos caminos de alivio nacen de la encrucijada entre la comparación, el humor y una suavización relativista. Pero se trata de callejones sin salida. América Latina no es la única sede de sinsabores para el espectador del mundo. Y aun siendo difícil, hasta se espiga alguna agonía mayor en otra parte. Pero no es menos verdadero que añadir una eventual pluralidad en nada diluye la entidad de cada uno de los malos acontecimientos.

Tampoco es un remedio la sonrisa del humorista, aun cuando a veces sí pueda ser alivio. El humor aplicado a los discursos encubridores de intereses poco exhibibles, que aumentan la retórica externa en proporción directa a la inmoralidad interna, será siempre uno de los más deseables y saludables corrosivos. Cuidemos, en cambio, la tentación o el error de verterlo sobre algunos valores opuestos a aquellos intereses... Por fin, poco tiempo hay que perder en desdeñar cualquier reparo alzado alegando la exageración. No hay aquí desmesura que pueda ser reducida invocando la retina de pintores geniales, la voz de escritores supremos, la certeza de recursos inmensos o la serenidad de culturas ancestrales solidificadas por los mestizajes o quebradas por el rechazo desintegrado entre el criollo y el indio.

Asumir a Latinoamérica

«**N**O se engañe nadie, no»; recordemos a Jorge Manrique. El único sendero para salir de la «angustia latinoamericana» es la cruda tarea de asumirla. Quiero evitar la vaciedad verbal que acabo de rechazar y por eso no he escrito palabras que algunos hacen acto en forma sublime. No he escrito «compadecer», «ayudar», «amar» ni «redimir», por ejemplo. Escribo para una generalidad de bienintencionados europeos, latinoamericanos, o de dondequiera. Gentes poseedoras de destinos ya trazados y mis palabras no son un banderín de enganche para devorar vehemencias. Todos en cambio podemos y debemos asumir la angustia comentada. Todos podemos y debemos «comprender», retornando al método weberiano.

Treinta años de América Latina, dos generaciones según el cómputo de Tácito, se abocetan en este número de una revista que, a lo largo de una andadura tan dilatada como desusada entre nosotros, mantuvo siempre en su titulación una apelación americana. Quizá algo o mucho de lo que encierra contradiga cosas estampadas en momentos muy anteriores y sería digno de la inteligencia del lector que se felicite por ello. Pero aún más importantes son otras dos cosas.

La primera; que se han escogido los últimos treinta años entre los trozos de tiempo posible. Se trata de acercarnos a una realidad, iniciada en 1492, en la forma en que la vivimos. Xabier Zubiri enseñó que el pasado no desaparece, se *des-realiza*, y el precipitado suyo que queda en nosotros nos hace *reales*. No se rechaza, pues, aquí el tratamiento histórico. Al contrario; se asume desde la vida.

El laberinto de la contradicción

LA segunda; que se procura dejar percibir hasta dónde, cómo y por qué Latinoamérica es, ante todo, una sociedad fracturada. Que sus contradicciones son múltiples y superpuestas desde cualquier plano en que se sitúe la perspectiva del observador. Que eso es así y en tal grado que identifica en dos palabras la esencia latinoamericana: contradicción permanente.

Ordenar lo que de suyo es contradicción, resulta imposible, al no poderse descartar los riesgos de toda selección como la arbitrariedad, o la mutilación. Por eso más bien se ha pretendido escoger y distribuir algunas de las perspectivas más importantes para entender la magnitud de las dificultades.

El inmenso laboratorio humano que es América Latina muestra, en treinta años de sacudidas políticas, la presencia, subterránea o manifiesta, pero eficaz, de los largos dedos, internos y externos, que amasan populismo, violencias ilegítimas, captura de recursos, cultura sojuzgada o perversa..., y siempre, como la corteza del pan o la cáscara de la fruta, el discurso hipócrita que entretiene la construcción de sistemas jurídico-políticos inequívoca, no sólo formalmente, democráticos. Ante un alegato multiforme que, en escuelas, periódicos, parlamentos o calles, introduce realmente criterios escondidos bajo palabras que los niegan, creo justo

diagnosticarlo tanto de «hipocresía», recordando la presencia de «ocultación» y «criterio» (los originarios componentes helénicos de su etimología) como de «entretenimiento», en cuanto posee el efecto de «tener», esto es apoderarse, en este caso, de la conveniencia de todos para situarla «entre» los intereses de otros sujetos diferentes.

Ese entretenimiento; ese estar *tenido* o capturado *entre* las apetencias ajenas a cambio de pequeñas dádivas —el caso de las mujeres y hombres que en tantas ocasiones refleja con ese adjetivo la creación literaria clásica, viviendo «entretenidas» y «entretenidos», por un goteo de amor o de beneficios—, provoca una especie de alienación, política de nuestro tema, que ofrece manifestaciones de lo más sorprendente siempre, de las que América Latina no carece de ejemplos insignes e insospechados. Bastará evocar el talante con el que sectores diversos de hispanos contemplan su eventual disolución en los USA. Unas veces, como ciertos grupos de panameños, desearán, con vehemencia de conversos, confundirse para siempre, desde la piel hasta el habla, con la gente anglófona, protestante y rubia. Otras, como ocurre con sectores de chicanos, cubanos, portorriqueños, recorrerán el camino desde su miseria hasta el gran remolino del Norte, con una progresiva voluntad de afirmación de identidades, que a veces sólo encuentra la vía de la destrucción delictiva del orden no deseado, pero gracias al cual se sobrevive.

La consideración de las condiciones materiales de vida suministra otro eje de reflexión acerca de la contradicción perenne, que ahora reviste la forma de la simultaneidad entre miserias y acumulaciones.

Dadas las capacidades mentales a las que está habituado el europeo para dar espacio en ellas a cualesquiera magnitudes, lo descomunal fue, para él, siempre sinónimo de americano. Paradójicamente nunca se desorienta tanto, como cuando se atreve, sin salir de su propio horizonte, a juzgar actitudes que vienen determinadas por ese colosalismo, especialmente por el de la faz cuando es plena, al acarrear, no sólo falta de subsistencias, sino añadir la falta de conciencia de que se es pobre y pobre para siempre y del todo; en alma y cuerpo, en cultura y comida en beneficio de alguien disimulado pero identificable.

Cuando esa pobreza se hace además, geográficamente perdida, dispersa, incomunicada, clavada en espacios de lejanísima resonancia para otros humanos, entonces será *la* miseria, sin más, con esa precisa e incommensurable determinación del artículo. Más maligna en realidad, por cómo degrada el espíritu, que por lo que niega a la confortabilidad. Re-

cuerda la irreversible adscripción hereditaria al propio horizonte personal que selló la implacable conversión en siervos de los colonos de la tardía romanidad, en el tránsito europeo a la Alta Edad Media, pero ahora con la perversa adición de ejecutarse en una época de constante elogio de los derechos humanos.

Fenómenos complejos

ESE horizonte ayuda a entender, aunque no justifique, algún sentido de las odiosas y perdurables dialécticas del narcotráfico. Para unos pocos acomodados, siempre inmunes y distantes medios del más injusto de los enriquecimientos. Para otros muchos, más detectables y lábiles ante acusaciones tan legales como insinceras, fórmula de evasión limitada de la miseria adherida como una segunda piel. Y del mismo modo hace difícil a estos últimos entender la razón final que les convenza de lo «justo» de hacerles obligados casi exclusivos a las deudas que acarrea conservar lo que queda de un equilibrio ecológico, cuya destrucción tanto favoreció la prosperidad de los que ya eran más ricos. De nuevo aquí se introducen palabras de pudor para disimular lo repugnante ¿*Diálogo Norte-Sur*, mejor que *Explotación ricos-pobres*?

Talante iberoamericano

EN íntima familiaridad con esos panoramas degradantes de la angustia latinoamericana, hay que intentar la comprensión de contradicciones aún más especializadas en flagelar selectivamente el espíritu. Sólo las gentes que han sufrido pueden engendrar un folklore bello o una estética conmovedora, es decir, que nos *mueva con* ella, que nos lleve a la raíz de su ser. He señalado en otra parte como lo más denunciador de la comunidad iberoamericana, el talante según el cual la vida antes que las cosas le han dado a ella y al mundo todo, casi al modo «urbe et orbi», bendiciones como la del realismo mágico, una de las muchas fintas de las dos espadas lingüísticas mayores, españoles y portugués, que han venido a ser el final sus defensas nunca vulneradas. Espadas como labios, en la metáfora de Aleixandre. Lenguas como espa-

das, en la supervivencia latinoamericana, para hacer percibir lo esencial de impedir que no sea el hombre sino para sí mismo.

Religión en América Latina

SI se considera ese homocentrismo (no es un humanismo) en el contexto de las tensiones antes esbozadas, estaremos algo más cerca de las contradicciones religiosas latinoamericanas. Comprenderemos quizá mejor la razón de presencia de sectas y la pervivencia de piedades primarias, pero sobre todo nos iniciaremos en cómo seguir el tortuoso camino de la evangelización americana.

El principio era la conquista, y la conquista era el Evangelio y el Evangelio estaba en la conquista. Los religiosos lucharon con diversas técnicas para separar ese vínculo nacido en el ambiente del interés político conjunto de la alianza de España, Austria y Roma. Asumiendo el riesgo de simplificar, se pueden poner algunos ejemplos impresionistas, no esperando ni conviniendo aquí un retrato fotográfico. Así, y no fueron los únicos: los dominicos establecieron la libertad de los indios. Los franciscanos aliviaron las opresiones concretas que sufrían. Los jesuitas condujeron a los indígenas hacia estructuraciones políticas institucionales que ejecutaban la teoría de los primeros y facilitaban el fomento vital de los segundos.

Pero ese progreso amenazaba intereses internacionales y de Estado y fue conscientemente quebrado en el siglo XVIII. Era lógico que ya no se pudiera volver a empezar y los caminos se roturaron de otras formas.

Pero ya para entonces la misma Iglesia se debatía en contradicciones. Ha de dejarse aquí de un lado la más básica de todas, el *Regio Patronato*, se dice que poco querido, pero siempre confirmado en Roma, institución que hacía de la monarquía una especie de Papado subalterno, en fin de cuentas el único realmente perceptible por todos en América. No se puede olvidar su efecto secular en crear mentalidades y pautas de comportamiento cuyo precipitado final será una identificación de las dos gobernaciones, la espiritual y la temporal (para escribirlo con palabras de aquella época) que sentará el cimiento psicológico social suficiente para que ya en nuestro tiempo se siga contemplando con naturalidad una relación poco autocrítica entre Iglesia y Estado.

Resulta evidente que los religiosos fueron los tábanos de esa atmósfera. Sin embargo, no pudieron eludirla del todo y las contradicciones también les afectaron a ellos. Esa quiebra se apreciaba incluso en los jesuitas, pese a ser los más eficaces en ejecutar una radicalización liberadora del vínculo entre Evangelio y conquista. Hijos de Ignacio de Loyola como Luis de Molina alzaron su voz contra la esclavización del negro, pero Henry Kamen ha mostrado que otros de ellos vieron con recelo la pérdida de los esclavos que servían (y en excelente situación personal casi siempre) a la Compañía y forzaron (quizá no sepamos en mucho tiempo, si se sabe alguna vez cuánto y cómo) a pulir poderosas argumentaciones, como la del padre Alonso de Sandoval en favor de la liberación, dejándolas en alegatos para la mejora de la calidad de vida esclava, lucha que practicarían hasta la santidad hombres de los suyos como Pedro Claver.

No fue una grieta temporal en sólo una orden religiosa. Sería una falla geológica que sigue fracturando hoy la presencia de toda la Iglesia en Latinoamérica. Ya es un síntoma poco esperanzador que, si beatificar es proponer un modelo de conducta, haya sido 1992 el año que hasta los más incultos relacionan con América, otro año de espera en esa afirmación para Bartolomé de las Casas.

Pero yendo a las realidades no sólo a los símbolos, más estremecen otras actitudes y además dilatadas. En nuestros mismos días unos católicos dejarían su vida, asesinados en el empeño de hacer entender la necesidad indudable de una revolución teológica que, si necesaria en la Iglesia entera, está acelerada en América por la conciencia de la contradicción miseria-acumulaciones, arriba esbozada. En cambio otros rechinan los dientes por esa conducta, estimulando en determinadas ocasiones unos fenómenos de populismo episódico como antídoto de males cuya magnitud resiste y resistirá tales medicinas, si es que no los fortifica, y guardando otras veces silencios más cómplices que prudentes ante algún tipo de dictadura. Peor aún, claro está, que la estólida incompreensión que en su día recibieron los proyectos misioneros del padre Ricci.

Resurrección revolución

EL viejo diccionario jurídico de Calepino, que espuma siempre admirablemente la plenitud conceptual que otorga su radical significado a las palabras, escoge para «angor», la matriz

helénico-latina de *angustia*, la frase «corporis vel animi cruciatus». Excelente transmisora de la intención puesta aquí para acuñar en una frase el esencial hilo conductor de estas páginas introductorias. Al ser la resurrección, en cuanto engendra hombres nuevos la única puerta abierta a esa densidad estremeciente, la angustia latinoamericana descubre ser una irrevocable llamada al parto de una América nueva, destruyendo con la mayor violencia, para menor dolor, tanto interés bastardo.